

En las estrellas

GASTÓN BAQUERO HA ENTRADO EN EL REINO DE LA HISTORIA. Quiero decir, al fin se ha vuelto visible, al tiempo que intocable. Presumía Baquero, desde un profundo sentido del pudor, de su invisibilidad. No en balde tituló su último libro *Poemas invisibles*. Si bien sentía un enorme respeto por la escritura, insistía en el refugio de la soledad acompañada y restaba importancia, con fino y criollo humor, a los fastos de la celebridad. Desde su casa de la calle Antonio Acuña, Baquero parecía contemplar el mundo de las vanidades, la presunción de los escribidores apresurados, el relumbrón circunstancial de los otros, con la dignidad de la distancia y el decoro de su silencio. Ahora, a pesar suyo, desprendida su obra de su recato interior, la densidad de su escritura cobrará sustancia en la sacralidad que impone su definitiva ausencia.

Afectado de un derrame cerebral, Baquero se sumió en un estado de seminconsciencia, hasta instalarse al fin allí donde alguna vez soñó: “Yo no quiero morirme ni mañana ni nunca, / Sólo quiero volverme el fruto de otra estrella; / Conocer cómo sueñan los niños en Saturno / Y cómo brilla la tierra cubierta de rocío”.

A finales de los años treinta, la literatura cubana recibió el influjo de una nueva generación de poetas y ensayistas que habrían de marcar el más alto momento de las letras nacionales en lo que va de siglo. Junto a José Lezama Lima, Gastón Baquero participa activamente de este primer momento. Funda la revista *Clavileño*; colabora activamente en las que alienta Lezama: *Verbum y Espuela de plata* y en *Poeta* nacida al aliento de Virgilio Piñera. En la revista *Orígenes* sólo publicará un poema en su primer número. A partir de entonces se dedica plenamente al periodismo y alcanza una poderosa influencia desde la jefatura de redacción del *Diario de La Marina*. Entre los agudos dardos de sus comentarios de actualidad deja fluir algunos de sus más consistentes breves ensayos literarios.

Desde su llegada a España, exiliado en 1959, Baquero recupera el aliento poético y así, en 1966, sorprende su volumen: *Memorial de un testigo*. Lejos de cultivar el desencanto

y el resentimiento, sus poemas se instalan en el encantamiento del lenguaje y elabora un mágico espejo que lo devuelve en una lúdica y maravillosa lucidez expresiva: inversa geometría de la gravedad tonal que se hace severa en sus primeros poemas. Gastón Baquero pertenece a esa rara minoría de poetas que, como Rimbaud o Eliot, desde sus primeros poemas inaugurales se revelan suficientes. Son los tiempos de *Palabras escritas en la arena por un inocente*, del *Testamento del pez*, de *Casandra* o de *Saúl sobre su espada*. Pero no fue hasta la publicación de *Memorial de un testigo* que su nombre se hace leyenda. Lo buscaban los poetas iberoamericanos, los jóvenes poetas españoles acudían a su palabra. Su escritura se había convertido en modelo para las nuevas generaciones que buscaban una expresión menos solemne, más vital y entrañable. Su capacidad conversatoria deslumbra a todos. Gastón, siempre generoso, derrocha su palabra con gesto amigable, nunca amargo, impenitente criollo del gesto amable y la sustanciosa almendra de su vastísima cultura. Todo lo comparte. Nada deja para sí; salvo la escritura que sólo entrega después del prolongado ruego, más por pasión a la amistad que por la pasión de la celebridad. En 1984 el poeta boliviano Pedro Shimose publica en el Instituto de Cooperación Iberoamericana los poemas completos de Gastón Baquero. En *Magias e invenciones*, Shimose “reúne la producción lírica de uno de los más importantes escritores iberoamericanos” como “homenaje a casi cincuenta años de producción poética”. A este libro habría de seguir *Poemas invisibles*, su último libro unitario publicado. Todavía en 1995 la fundación cultural del Banco Central Hispano en colaboración con la Cátedra Poética Fray Luis de León de la Universidad Pontificia de Salamanca publica dos volúmenes de la obra de Baquero, uno dedicado a la poesía y otro a la prosa.

Gastón Baquero mantuvo con ardiente dignidad su destino de transterrado forzoso y denunció la falta de libertad en su Isla; sin embargo, supo discriminar entre las instituciones oficiales del régimen cubano y los jóvenes que de allí le llegaban, a pesar del silencio al que se había condenado su nombre. Por ello pudo declarar en la dedicatoria de su último libro: “El orgullo común por la poesía nuestra de antaño, escrita en o lejos de Cuba, se alimenta cada día al menos en mí, por la poesía que hacen hoy –y seguirán haciendo mañana y siempre!– los que viven en Cuba como los que viven fuera de ella. Hay en ambas riberas jóvenes maravillosos. ¡Benditos sean! Nada puede secar el árbol de la poesía”.